

TEXTO 1: ¡AY, CARMELA!**(Sanchís Sinistierra)****PAULINO:**

(Grita, rabioso.) ¡Me cago en las hormigas de Dios! ¡Me cago en la puta madre de todas las hormiguitas de Dios y de la Virgen Santísima!... *(Con los saltos, el disco se raya y comienza a repetir, una y otra vez, parte del estribillo: «Ay, Carmela... Ay, Carmela... Ay, Carmela...».* Al advertirlo, PAULINO se calma súbitamente y mira como hipnotizado la gramola. Luego otea inquieto a su alrededor y, por fin, se apresura a parar el aparato y a quitar el disco. Con él en la mano, vuelve a mirar en torno. Murmura.)

Esto no es natural... Esto es demasiada casualidad... Esto ya es adrede...

Aquí pasa algo que... Aquí hay alguien que... Porque yo no estoy borracho.

Y es entrar aquí y, dale que te pego: todos son cosas raras... Aquélla que aparece como si nada, la noche de marras que vuelve, las luces que se disparan solas... y ahora, la gramola, haciéndome trucos de feria... ¡Vamos,hombre! Un poco de formalidad... (A un vago e invisible interlocutor.) ¿Qué pasa? ¿Que, porque esto sea un teatro vacío, ya todo vale? ¿Cualquier ocurrencia, ¡plum!, ya está? ¡Vamos, hombre!... Buenas están las cosas por ahí afuera para andar con fantasías... Y lo de menos es ir todo el día enseñando el sobaco... (Esboza el saludo fascista.) Lo peor es que, en cuanto a uno no le gusta tu nariz... o le gustan tus zapatos, ya está: «¡Rojo!»... Y a ver cómo hace uno para desteñirse... (Mirando el disco.)

Dichosa tú, que ya estás muerta y puedes mirar los toros desde la barrera. Porque, lo que es yo, si salgo entero de esta corrida... (Sacudiéndose sombríos pensamientos.) Pero, en fin: a lo hecho, pecho... Y el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Aquí hay que espabilarse, y andar con ojo, y saber dónde se pisa, y arrimarse a buena sombra... Y si vuelvo de vez en cuando a este teatro, no es para que nadie juegue conmigo a hacer magia barata, ni a los fantasmas, ni a... (Brusca transición. Grita, casi implorante.) ¡Carmela!

¡Ven, Carmela! ¡Como sea, pero ven! ¡De truco, o de mentira, o de teatro...!

¡Me da igual! ¡Ven, Carmela!... (La escena se ilumina bruscamente)

TEXTO 2: LA SEÑORITA JULIA**(August Strindberg)****JUAN:**

¡Eso lo dice usted ahora, pero, en realidad, me desprecia! ¡Qué más me da!

Un día entré con mi madre en el Edén para escardar los campos de cebollas. Junto a la huerta, a la sombra de los jazmines, había un pequeño pabellón turco, cubierto de madreSelva. Yo no sabía para qué podría utilizarse, pero nunca había visto una construcción tan hermosa. La gente entraba, y salía después de un ratito.

Y un día quedó la puerta abierta. Entré sin ser visto y allí estuve contemplando las paredes cubiertas de bellos cuadros de reyes y emperadores, y en las ventanas había cortinas rojas con flecos de seda... Ahora ya sabré a qué me estoy refiriendo... Yo... (corta unas lilas y se las da a oler a LA SEÑORITA,) ...yo no había entrado nunca al palacio, lo único que había visto era la iglesia, pero aquello era mucho más hermoso. Y cualquiera que fuese el curso que tomaban mis pensamientos, terminaban siempre por volver... allí. Y poco a poco fue creándose en mí el anhelo de gozar, aunque sólo fuese una vez, el placer completo de... ¡en fin!

Me metí sin que me viesen, y allí estaba contemplando y gozando. ¡Pero entonces oí que venía alguien! Para los señores no había más que una salida, pero para mí había otra, ¡y como no tenía otra alternativa me metí por ella! (LA SEÑORITA, que ha cogido la ramita de lilas, la deja caer sobre la mesa).

Después eché a correr, atravesé por un seto de frambuesas, crucé a toda velocidad los bancales de fresas y llegué hasta la terraza de los rosales. Y allí vi un vestidito rosa y unas medias blancas... ¡era usted! Me escondí metiéndome debajo de un montón de malezas - debajo... ya puede usted imaginarse-, debajo de cardos que me pinchaban y una hedionda tierra húmeda. Y yo la veía desde allí paseándose entre las rosas y pensé: si es cierto que un ladrón puede entrar en el reino de los cielos y estar allí entre los ángeles, ¿por qué, en este mundo de Dios, no ha de poder entrar el hijo de un peón al parque del palacio a jugar con la hija del conde?

TEXTO 3: EL ZOO DE CRISTAL

(Tennessee Williams)

JIM:

Me alegra ver que tiene sentido del humor. ¿Usted sabe... que es... distinta de todas las muchachas que he conocido? ¿Le molesta que se lo diga. Hablo en serio. Me siento algo así como... ¡No sé cómo decirlo! Generalmente, expreso bastante bien las cosas, pero... ¡esto es algo inexplicable! ¿Le dijo alguna vez alguien que era linda?

¡Pues lo es! Y de un modo distinto de todas las demás. Y más linda, precisamente, a causa de la diferencia. Oh, ojalá fuese usted mi hermana. Yo le enseñaría a confiar en sí misma. Uno no tiene por qué avergonzarse de ser distinto. Porque los demás no son tan maravillosos. ¡Y usted, es única! Ellos caminan por toda la tierra. Y usted, se queda aquí. Son vulgares, pero... usted... bueno; usted... ¡es *como una rosa*!

¡Usted es linda! En todos los sentidos... Sus ojos... su cabello... ¡Sus manos son lindas! Usted creerá que lo digo porque ustedes me han invitado a cenar y tengo que ser amable.

¡Oh, podría serlo! Podría decir muchas cosas sin ser sincero. ¡Pero le hablo con sinceridad! He notado que usted tiene ese complejo de inferioridad que le impide sentirse a sus anchas con la gente. Alguien debe infundirle confianza en sí misma... ¡ánimo!... y tornarla orgullosa en vez de tímida y evitar que vuelva la espalda a cada momento y... se sonroje...

No, no puedo. Salgo siempre con una muchacha que se llama Betty. La conocí el verano pasado durante un viaje en barco por el río a la luz de la luna hasta Alton, en el Majestic. Bueno... Pues, desde el principio, eso fue... ¡amor! ¡Oh, estar enamorado ha hecho de mí un hombre nuevo! ¡La fuerza del amor es algo tremendo! El amor es algo que... transforma el mundo entero.